

OPINIONES Y ENSAYOS

SÍ. Un viaje personal y necesario

Carlos Arturo Florido Caicedo

Profesor Titular – Departamento de Morfología – Facultad de Medicina - Universidad Nacional de Colombia
cafloridoc@unal.edu.co

La actual situación del país y los sucesos que durante los últimos meses han ocurrido, obligan al editor de *MORFOLIA* a escribir esta nota como una especie de viaje personal por algunas vivencias de los años pasados.

*“No sé por qué piensas tú,
soldado, que te odio yo,
si somos la misma cosa
yo,
tú.”*

Nicolás Guillén

Nuestro país lleva interminables años en guerra. Esto no comenzó hace cincuenta y pico años como han querido hacernos creer. Esta debacle comenzó mucho, mucho antes. Antes de que cualquiera de los que hoy lo habitamos hubiera nacido. Ha tenido, eso sí, varias cimas a lo largo de la historia, pero no es nuevo.

Mi papá, en los años cincuenta, fue un desplazado más de la guerra (que en esa época, en esa cima, se bautizó con el eufemístico nombre de “La Violencia”). Aunque él era liberal (y sectario) terminó viviendo en Duitama, un pueblo conservador, en donde tuvo grandes amigos y donde nacimos sus hijos. Esa característica de ser uno de los pocos liberales en medio de tantos godos y convivir con ellos en paz y armonía, en medio de la diferencia, me llamó siempre la atención y en el fondo comenzó a construir la base de lo que más adelante fue uno de mis puntos cardinales: que la gente puede vivir en medio de sus contradicciones sin que tenga que matarse.

Fue mi papá quien me inculcó desde pequeño que los militares y los policías eran indeseables, mala gente, que eran “los malos”. Su experiencia en aquellas épocas de “La Violencia” había sido terrible y gran parte de lo que fue su desplazamiento se debía a ellos. Él se declaraba ateo (aunque creía firmemente en el Gran Arquitecto del Universo) y por supuesto, tampoco quería a los curas. “Ni militar, ni policía, ni cura” solía decirme cuando hablábamos de lo que yo iba a ser cuando grande. Bueno, tampoco quería mucho a los abogados... Mejor dicho, mi papá se ganó la lotería cuando desde muy pequeño le dije que iba a ser médico.

Hace unos días vi y oí al comandante del ejército de Colombia hablar de lo que será la labor de su fuerza armada de la firma de los acuerdos con las FARC en adelante. “Ahora seremos quienes cuidemos a quienes hasta hoy fueron el enemigo...”, decía. Yo al oírlo y verlo, me quedé sorprendido al comprender algo: hay militares buenos y militares malos; como hay policías buenos y policías malos, y curas buenos y curas malos, y médicos buenos y médicos malos, y gente buena y gente mala... Y que los buenos son gente buena, y buenos miembros de familia y de la sociedad.

El trance por el que ahora mismo pasa Colombia con motivo de los acuerdos de paz y del plebiscito al que pronto acudiremos ha encendido una luz que me ha permitido ver cosas que permanecían ocultas. Me ha permitido, mejor, me ha obligado, a cambiar mi mirada, mi manera de pensar. Yo no sé exactamente cuántas concesiones ha tenido que hacerle el Estado colombiano a los guerrilleros; no creo que sean pocos. Pero en todo caso, no menores ni menos importantes que las que ellos han tenido que hacer...

Estamos al borde de votar un plebiscito que avale o no las conversaciones y los acuerdos de paz con las FARC. Aquí es donde apenas comienza la paz. Aquí es donde damos ese primer paso necesario para hacer el camino sin retorno de miles de leguas. Y lo vamos a dar porque es importante; porque hablar de paz, desear la paz, exigir la paz, no es un sueño; es un derecho que tenemos todos. Es parte de nuestros derechos constitucionales, fundamentales. Y no es justo que pretendan quitárnoslo con falacias y argumentaciones que responden solo a un mezquino afán por vengarse.

Quienes hemos sido víctimas (todos los colombianos, de alguna manera, hemos sido víctimas) de alguna de las dos partes, o de las dos, debemos, por fin, entender que esto no se resuelve de otra manera; que la oportunidad de refrendar con un voto positivo el fin del conflicto con las FARC la tenemos ahora, en este momento verdaderamente histórico y que, como en el final de la mítica historia de Gabo, no tendremos otra oportunidad sobre la tierra.

Yo, de alguna manera les transmití a mis hijos la prevención hacia las fuerzas armadas y hacia “los malos”. Hoy cuando escribo esto y mi opinión está cambiando, es muy tarde para pedirles que piensen diferente. Ellos por su cuenta sabrán si lo hacen o no. Yo solo espero que mis nietos (si llego a tenerlos) tengan esa oportunidad que yo no tuve.